

SERMON

SOBRE EL MISMO ASUNTO, PREDICADO EN LA BASÍLICA DE
PARAY-LE-MONIAL, EL 12 DE JUNIO DE 1900.

TRADUCCIÓN

DEL ORIGINAL FRANCÉS EN QUE FUÉ PRONUNCIADO.



Domine, Domine, aperi nobis
Señor, Señor: abridnos.
MATT. XXV, 11

EMINENTÍSIMO SEÑOR.¹

MONSEÑOR.²

AUGUSTOS PRÍNCIPES.³

NO es, por cierto, en el nombre de esta ilustre
asamblea de peregrinos en el que hoy os di-
rijo, oh, Señor, la súplica de las vírgenes ne-
cias. Es en nombre, bien lo sabéis, de este indigno
predicador del Evangelio, que se atreve á comparecer
ante Vos sin tener aceite en su lámpara, y teme, no sin
razón, ser arrojado de Vuestra divina presencia, como
aquellas vírgenes que oyeron al celestial Esposo pro-
nunciar la terrible sentencia: *no os conozco, nescio vos.*

Sí, Hermanos míos, subo á esta cátedra sagrada con-
tra mi voluntad, y no es un discurso lo que voy á ha-

1 El Cardenal Perraud, Obispo de Autún, Prelado Diocesano.

2 Monseñor de Cabrières, Obispo de Montpellier.

3 Los Duques de Vendôme y la Princesa del Brasil.

cer, sino únicamente una súplica, una confesión, un sacrificio. Ante todo, yo os quiero confesar cándidamente, que sólo la obediencia me ha traído á este lugar. Se cree en el mundo, que los que se hallan revestidos de una dignidad cualquiera, son los seres más libres de la tierra; que sólo tienen que mandar, nunca que obedecer. Pues sucede precisamente lo contrario, y no es una fórmula vana la que emplea el Vicario de Cristo, el Jefe visible de la Iglesia, cuando se titula á sí mismo *Servo de los siervos de Dios, Servus servorum Dei*. En la debida proporción, acaece lo mismo á los demás dignatarios eclesiásticos; y yo os aseguro, que á no ser por la amistosa insistencia del venerado Director¹ de esta romería, jamás habría yo consentido en dirigiros en este augusto recinto, tantas veces iluminado por el Corazón divino de Jesús, palabras frías, sin unción, sin elocuencia, que en vez de inflamaros os resfriarán, y aun quizá, lo que Dios no quiera, os alejarán del Santuario.

Aquí se necesitaría una lámpara ardiente, una hoguera de viva lumbre, un sol resplandeciente; y he aquí, que en vez del Sol de Autún, á pesar de hallarse entre vosotros, del gran Príncipe de la Iglesia, del ilustre Académico, se os pone delante de los ojos una lámpara sin óleo, y en vísperas de apagarse para siempre. ¡Oh! Yo os pido mil veces perdón; pero, como dice la Escritura, *es el varón obediente quien cantará la victoria, vir obediens loquetur victorias*. Yo no hago más que obe-

¹ El Padre Conbé, S. J.

decir al aceptar una misión que me reconozco incapaz de desempeñar; he aquí mi sacrificio.

Voy á haceros en seguida una confesión harto dolorosa. Si hay alguno en el mundo que hubiera debido formarse conforme al divino modelo del Corazón de Jesús, es el que hoy os dirige la palabra. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, desde que éste se dignó revelarse á la Bienaventurada Margarita María, atravesó los mares y fijó en la lejana México su asiento preferido. Tuvo que vencer, como en todas partes, la oposición y los argumentos de aquellos falsos Teólogos, que ya con falaces raciocinios, ya con amargas burlas, se afanaban por apartarla de los fieles. Pero una vez establecida, allí quedó arraigada para siempre; y tengo á dicha aseguraros que las nuevas instituciones, plegarias y fórmulas de consagración al Sagrado Corazón de estos últimos tiempos, han tenido muy poco que añadir á lo que ya se practicaba en la época de mi niñez.

Uno de mis recuerdos más gratos, se refiere á una hermosa procesión que el día de la solemne fiesta recorría las calles y las plazas de mi ciudad natal. En ella se representaba á lo vivo al divino Salvador, de cuyo corazón de fuego descubierto, manaban chorros de sangre y de agua, con que apagaban su sed los corderitos esculpidos en derredor. «Tú eres uno de esos corderitos, me decían; á la hora misma en que la procesión entraba en la suntuosa Iglesia del Oratorio, fué cuando tú viniste á este mundo. Por este motivo ese

nombre bendito se añadió á los otros que se te dieron en el bautismo, al consagrarte al Corazón de Jesús. Su sangre preciosa fué tu primer alimento, y es fuerza que lo siga siendo hasta el fin de tu vida.»

¡Dios mío, Dios mío, qué recuerdos evoco al pie de este altar mil veces santo! Mientras fuí corderito, mientras fuí simple oveja, me alimenté con esa sangre preciosa, y de continuo me inflamó su fuego sobrenatural. Pero apenas me hicieron Pastor, se enfrió mi corazón, empezó á faltar el aceite á mi lámpara, y ahora vengo á encender de nuevo mi pecho, á buscar nueva lumbre para mi lámpara en esa hoguera que nunca se apaga. Este es el objeto de las plegarias que vengo á enderezar al Sagrado Corazón, de las súplicas que á vosotros también os hago, amados peregrinos.

¡Señor, Señor, abridnos! Dicen en el mundo que el corazón nunca envejece. Lo que, por desgracia, es muy cierto cuando se trata de las pasiones humanas, ¿no podéis Vos hacerlo efectivo, tratándose de vuestro divino amor? Vos, que tantas veces trocasteis los lobos en corderos, en las naciones que por primera vez escuchaban la predicación del Evangelio, ¿no podréis cambiar el corazón encallecido del anciano Pastor, y darle en su lugar otro blando, dócil, joven y ardiente, como en aquellos tiempos felices, ahora ya tan remotos, en que no era más que humilde ovejita?

Vosotros también, Hermanos míos, dadme un poco del aceite que arde en vuestras lámparas, que ha empezado á faltar en la mía. Cuánto me edificasteis an-

teayer, celosos miembros del Congreso de las Obras Católicas, cuando os distribuí el Pan de los Angeles en la cumbre del *Monte de los Mártires*. ¡Y ayer! ¿Con qué palabras hablaré de ese viaje, llevado á cabo desde el principio hasta el fin, bajo la magia de vuestra sencilla piedad y santa alegría? Dadme, pues, aceite de vuestras lámparas, matronas esforzadas de Francia, que os multiplicáis en vuestras obras, tan numerosas como fecundas, en las ciudades y en las aldeas, en la patria y en el extranjero. Dadme aceite de vuestras lámparas, tiernas Hijas de María, que con tanta gracia ostentáis junto á las rosas de vuestro celo, las azucenas de vuestra inocencia, y me recordáis á vuestras hermanas de Ultramar que largos años he dirigido. Dadme aceite de vuestras lámparas, santas religiosas, celosos sacerdotes que día y noche veláis entre el vestíbulo y el altar.

Dadme vosotros todos un poco de aceite de vuestras lámparas, y por piedad no vayáis á responderme como las vírgenes del Evangelio: «Id á las tiendas á comprarlo, que el que tenemos apenas nos basta.» Ah, no: os halláis delante de Aquél cuyo nombre es *óleo esparcido, oleum effusum*, y cuyo corazón es una hoguera de vivísima lumbre. No podéis, de cierto, temer que ni el uno ni la otra lleguen alguna vez á faltaros.

¿Pero qué digo? Temed, sí, temed á cada instante: lo único que puede salvaros es esta santa desconfianza de vosotros mismos. Es la última súplica que os dirijo. No olvidéis las palabras tan conocidas de Nuestro

Señor á la Bienaventurada Margarita María: «Lo que me es más sensible, es que precisamente los corazones á mí consagrados, son los que así me tratan,» es decir, son los que pagan su amor con indiferencia, con ingratitud, con desprecio. No os inspire sobrada confianza la fidelidad con que hasta aquí hayáis servido al Señor; porque de un momento á otro el que está en pie puede resbalar. El corazón más ardiente se halla expuesto á convertirse en hielo, y la lámpara mejor encendida de un soplo se apaga.

¡Que tales desventuras no lleguen jamás á afligiros! ¡Que cuando suene para nuestras almas la hora de salir al encuentro del divino Esposo, éste nos abra las puertas de su Reino, aun antes que le gritemos: ¡Señor, Señor, abridnos! Tales son los fervientes votos que dirijo al Corazón Sagrado de Jesús.

Ayudadme con vuestras oraciones, para que mis ruegos obtengan favorable acogida, y vuelva yo en medio de mi rebaño, inflamado con ese fuego que el Señor vino á encender en la tierra, en toda la tierra; pero todavía más en este rincón del cielo, que se llama Paray-le-Monial. ¡Qué recuerdos indelebles voy á llevar de esta romería! Me sostendrán hasta el fin de mi vida; y juntamente con el dulce Nombre de Jesús, y el de la Bienaventurada Margarita María, guardaré vuestros nombres en mi corazón, y no cesaré de exclamar: ¡cuán dulce y cuán provechoso es para los hermanos en Jesucristo, encontrarse mutuamente, orar unidos y

congregarse al pie del altar, *oh quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!* El Señor nos conceda reunirnos en el Reino de los Cielos.

Así sea.

FERVORIN

